

LOS OJOS DEL GUADIANA



CUANDO me dispongo ahora a escribir otras cuartillas más sobre el Concilio lo primero que echo de ver es que la espontaneidad huye de mí para dar lugar a toda una serie de inhibiciones, moderaciones, matizaciones, prudencias, etc. Naturalmente no voy a mentir, ni a escribir una sola línea que vaya contra mis convicciones, pero sí voy a dejar en el tintero toda una serie de consideraciones o relatos, claves a mi entender para suministrar una idea muy aproximada de lo que está ocurriendo en la Iglesia.

Siempre he pensado que la Iglesia debería ser, como la propia casa, un lugar de espontaneidad y libertad y creo que ésta ha sido una de las ideas centrales del difunto Pontífice Juan XXIII y aun de la mayoría conciliar, pero me percato bien claramente de que si uno muestra demasiado su simpatía por la querida firma del Papa Roncalli y por las tesis de la mayoría conciliar comienza a correr el peligro de ser considerado como una especie de monstruo, herético en lo religioso y hasta estigmatizado con nada agradables letreros políticos. No sé qué clase de cristianidad es esta en la que esto ocurre, pero me atengo a la triste diaria experiencia.

Me voy a limitar entonces a unas cuantas constataciones objetivas y a unas pocas reflexiones más, enteramente personales y hechas con toda lealtad. Y la primera constatación es que esta tercera sesión conciliar ha concluido de una manera, digamos "rara", extraña. Con una cierta prisa y eso que, esta vez, no estaban tras la Puerta Pia las tropas del general Cadorna, como ocurrió en el caso del

Concilio Vaticano I. También ha concluido con una enorme indismulable decepción.

La decepción se mide siempre en relación con la esperanza y la verdad es que pocas veces había sido tan grande la esperanza de cristianos y no cristianos ante unas decisiones de la Iglesia: el hecho de que la Iglesia, por ejemplo, había anunciado con su aprobación moral en el aula conciliar una declaración de la libertad religiosa que superaba la tradicional doctrina de la tolerancia y suponía la proclamación de la intangibilidad de la conciencia subjetiva era tan esperanzador y tan decisivo incluso para la posición religiosa de tantos alejados del cristianismo que parecía increíble. Ahora cuando esa declaración ha sido aplazada ha sido también demasiado doloroso el tener que escuchar, fundadas en extraño coro, las voces de los católicos integristas y de los enemigos de la Iglesia que dicen: "Lo veis. Es imposible reconciliar a la Iglesia con el respeto de la libertad humana". Por supuesto que esto no es verdad, pero lo parece y el gran rasgo generoso de la Iglesia ha quedado inédito una vez más en la historia.

No seré yo quien lo critique demasiado acremente. Yo sé bien que el primer deber de un Papa es salvar la unidad del rebaño de la Iglesia y que cualquier fisura o peligro de fisura debe ser conjurado al precio que sea y en la Iglesia, en una minoría, poderosa y fiel a la vez, de ella perdura todavía una psicología y hasta una teología de miedo, defensa, "ghetto" e inercia histórica para la que una proclamación de la libertad como la preparada en el esquema "que no presentamos hoy a vuestra consideración", como dijo su onociente el dinámico obispo de Bruselas, monseñor De Smedt, será algo muy duro de soportar.

Pero también ha sido duro, durísimo para la otra familia espiritual de la Iglesia el soportar por ejemplo la suspensión de la experiencia de los curas obreros y el tener que trabajar durante años en una especie de clandestinidad y bajo sospecha. Porque, algo muy grande se ha roto entre Iglesia y mundo obrero el día que esa experiencia fué suprimida, y la Iglesia llega hoy con un retraso de siglos a las necesidades de la hora histórica porque muchos de sus mejores hijos han sido desautorizados o no han podido más que realizar un muy lento y doloroso trabajo. Si en 1861 se hubieran aceptado los puntos de vista de Montanier en el Congreso de Malinas: "la Iglesia libre en el Estado libre" se hubieran ahorrado muchos sufrimientos y confusiones, entre otros que ante una aserción parecida del Concilio —del cardenal Montini, por ejemplo, el 10 de octubre de 1961— todavía haya católicos que discutan una cosa así. Ahora bien, el problema histórico del momento ya casi no es éste: es el del ateísmo militante del Estado contra el que tenemos que defendernos.

Afortunadamente los esquemas sobre ecumenismo y sobre Iglesias orientales, si bien muy matizados con respecto a su redacción apro-



Juan XXIII.

los problemas económicos y sociales que tan rápidamente están cambiando? Pero de éste y del otro problema en concreto.

La verdad es que el esquema 13 sólo fué leído para conseguir una aprobación que le hiciera servir de base para su discusión en la próxima sesión, pero su problemática es tal y tan comprometida que el éxito del Concilio un coraje nada común. Y no quiero ser de mal agüero, pero sí he estado en un tris que nos quedásemos sin esquema 13 allá por los primeros días de octubre, pienso en la posibilidad de que esas preguntas del mundo de hoy queden sin respuesta neta y valiente.

A mí concretamente no me escandalizaría esa falta de coraje. En un momento de tensión de la Iglesia como esta, es todavía grande, grandísimo y muy respetable el peso de la Iglesia de ayer y aunque el Concilio se apreste a construir para el mundo de mañana creo que sólo podrá hacerlo en un tanto por ciento no muy elevado.

Sin embargo precisa de los grandes gestos de generosidad y amistad que revelan el mundo al Cristo de la libertad y del amor. Sólo en un clima así es humanamente posible que fructifique el Concilio, incluso por encima de las formulaciones de sus decisiones. Y cuando se ha visto este clima de cerca, a uno le parece imposible que un tal espíritu puede ser esterilizado o aminorado por los corsés jurídicos en que se sienta. O que pueda morir. Pero por lo menos ya ha muerto el del Papa Roncalli. ¿O está oculto acaso como un singular Guadiana para surgir en cien ojos de nueva esperanza?

Mientras tanto Su Santidad Pablo VI creo que lleva a la espalda la más tremenda cruz que haya portado un Papa en la historia: todos los tanteos, los dolores y las incertidumbres de la Iglesia en plena crisis de crecimiento.

JOSE JIMENEZ LOZANO



Pablo VI.

bada por la Asamblea, no ponen en peligro el espíritu ecuménico. Los observadores protestantes y ortodoxos parecen haberse dado perfecta cuenta de que el lograr un texto sobre el ecumenismo diez veces menos abierto que el logrado parecía un sueño de locos ha-

MI IMPRESION DEL CONCILIO

II.- EL NUEVO «CONSENSUS»

Por JULIAN MARIAS

ME merecen respeto, y en alguna medida me conmueven, ciertos padres conciliares que representan el mantenimiento de una tradición que hoy nos parece enteramente reaccionaria y cuyos días están contados. Me refiero a esos hombres, por lo general viejos, que se han formado en un ambiente de sólidas, compactas, tupidas creencias que para ellos son la realidad misma. Claro está que no hablo de las creencias «religiosas», sino de aquellas creencias puramente «sociales», históricas, temporales, inseparables de todo lo humano y que se habían llegado a identificar con la religión católica. Estos hombres, a quienes su carácter, su educación o su edad privan de la flexibilidad necesaria para hacer las distinciones adecuadas y adaptar su enfoque, son figuras patéticas: algunos deben tener en el Concilio la impresión azorante de estar rodeados de herejes, un vestido de blanco.

Este caso es completamente distinto del de los que toman una postura externamente parecida, pero movida por otros estímulos: reaccionarismo político, espíritu de intolerancia, autoritarismo incontinente, hostilidad a toda innovación. No es difícil distinguir unos de otros, hasta fisiológicamente y sobre todo, por su estilo literario y oratorio, hasta por las inflexiones de su voz: los que están condicionados por unas creencias impermeables y rígidas, en las que poco o nada tiene que ver la voluntad, y los que actúan en virtud de ideologías conscientes y deliberadas.

Se dirá que también los «modernos», los «avanzados», «innovadores», «progresivos» o como quiera llamarseles, están influidos y condicionados por otras creencias histórico-sociales. Es cierto; pero hay que agregar dos cosas: una, que en su inmensa mayoría se dan cuenta de que esas creencias no se identifican con la creencia religiosa, sino que sólo modulan y matizan una de sus formas posibles; y la otra, que al menos esas creencias son actuales, responden a nuestra situación, y no son, además de temporales, de otro tiempo.

Lo que me parece decisivo, lo que he podido ver en los días en que he asistido a las jornadas de trabajo del Concilio Ecuménico, es que se está formando —creo que se ha formado ya— un nuevo «consensus» en el seno de la Iglesia como realidad humana. He hablado de la alegría que domina el Concilio, del gozo que allí se respira al ejercer la libertad. Se podría pensar desde fuera que el Concilio va haciendo ciertas «concesiones», se va «adaptando» a las nuevas circunstancias, va «cediendo» a las presiones de una sociedad que en buena parte se había enajenado del catolicismo, del cristianismo en su conjunto y aun de toda religión. Creo que esto sería una descripción enteramente equivocada y desorientadora. El Concilio no va «aceptando» a regañadientes y desde fuera la enorme transformación a que estamos asistiendo; yo diría que «la está gozando», que se está sintiendo renacer. ¿A qué? A la autenticidad histórica. Creo que cada día que pasa es menos difícil para los dos mil hombres que se sientan en las naves de San Pedro armonizar su vocación y su deber de prelatos de la Iglesia católica con su irremovible condición de hombres de la segunda mitad del siglo XX. Espero que esto redoble la fecundidad de su sacerdocio y de su magisterio.

Nada ha sido más revelador que los apasionantes días finales de la

tercera sesión del Concilio, en que llegó a su término —y no a su votación— el esquema sobre la libertad religiosa. Los hechos son bastante conocidos; su contexto, su ambiente, su significación, sus perspectivas son más equívocos y difíciles de conocer.

Es sabido que las dilaciones administrativas, las demoras reglamentarias, incluso ciertos retrasos azarosos, hicieron que el esquema llegara a la hora de su votación casi en el momento en que el Concilio debía interrumpir la tercera etapa de sus actividades. Cierta que la burocracia es a veces muy complaciente con los deseos, pero me inclino a pensar que los que «se han salido con la suya» no están a estas horas demasiado orgullosos de su éxito, demasiado contentos de su habilidad. No parece que nadie quiera insistir mucho en su participación personal en ese aplazamiento. ¿Por qué?

Cuando, a pesar de haberse anunciado que la votación del esquema no tendría lugar, el obispo de Bruselas, Emil de Smedt, leyó el discurso de presentación que debía haber introducido su votación, la emoción del Concilio era irreprimible. La tenía el orador, y bien se percibía a través de la compostura de su sintaxis latina; la tenía, y creciente, el auditorio; y por cuatro veces atronadoras oraciones interrumpieron la lectura. El esquema de la libertad religiosa todos lo saben, no fué votado en esta sesión; lo que no saben todos es que fué aclamado.

Fué como cuando una marca deportiva, por algún detalle técnico, por alguna minucia reglamentaria, no queda «homologada» y no tiene constancia oficial; pero el hecho es que aquel coche corrió a tal velocidad o aquel avión subió efectivamente a donde ninguno había llegado.

Yo he visto la emoción profunda, el sentimiento de desilusión, la exasperación quizá, que invadía a la inmensa mayoría del Concilio al saber que la votación no iba a realizarse, que no terminaría la tercera sesión del Concilio Vaticano II con la proclamación de la libertad religiosa tal como la Iglesia de nuestro tiempo la entiende, tal como la necesita para ser ella libre; porque para que pueda pedirse la desaparición de «la Iglesia del silencio» es menester que no se invoque a la Iglesia para hacer el silencio en ninguna parte. Era de ver la nerviosa precipitación con que los padres conciliares, los norteamericanos en vanguardia, recogían firmas a centenares, en cuestión de minutos, por todas las naves de San Pedro, para pedir que se terminara con una votación.

Los reglamentos no tienen piedad, como no la tiene nada de lo que es colectivo y deshumanizado. La votación de la libertad religiosa que se aplazaba hasta la cuarta sesión del Concilio. La decepción de muchos ha sido grande; yo la comprendo, y no diré que no la haya sentido; pero si se reflexiona un poco, ¿hay motivo para ella?

La Iglesia ha tenido siempre un paso lento; se ha insistido interminablemente sobre la prudencia, sobre la necesidad de andar con pies de plomo y no cometer errores ni ligerezas; se ha dicho que al fin todo se arregla y se aclara. Es muy cierto, pero conviene no ir más allá de la verdad. «Al fin» todo se arregla; ¿al fin de qué? —hay que preguntar. Porque no es menos cierto que la vida es prisa, que son cortos los días de los hombres, que se llega demasiado pronto al fin de la vida de cada uno de ellos, y lo que está en juego es su plenitud, su felici-

dad, su conciencia, su salvación. No se puede uno confiar en la calma de las instituciones y olvidar la urgencia de los hombres individuales para quienes esas instituciones están hechas. La supuesta «prisa» de la Iglesia de hoy no es más que el reconocimiento de que «el sábado es hecho para el hombre, no el hombre para el sábado». Pero una vez hecho constar esto, ¿hay que dar un paso más y preguntar: ¿cuánta prisa? Desde fines de 1958, en el increíblemente corto espacio de «seis años», durante los pontificados de Juan XXIII y Pablo VI, en las breves sesiones del Concilio, se ha avanzado más que en siglos enteros. ¿Vamos a sorprendernos, desanimarnos o afligirnos por un aplazamiento de unos pocos meses?

Quizá algunos piensan que no se trata de prisa, sino de seguridad. ¿Y si se da marcha atrás? ¿Y si hay frenazos bruscos e inesperados? Para esto, creo yo, para lo que sirve haber estado unos días en el Concilio: para darse cuenta de que, hasta donde puede llegar la previsión humana, el movimiento es irreversible e incontrolable. «De esto ya no se «reponen» la Iglesia», comenté a un obispo amigo; y asintió con alegría y esperanza.

Por si esto fuera poco, un mes después ha sonado la voz del Papa Pablo VI, en su extraordinario mensaje de Navidad, del que «grandes» periódico españoles se han contentado con dar un incompletísimo extracto. Al evocar su viaje a la India, Pablo VI ha dicho: «Hubiéramos podido permanecer como forasteros y aislados, únicamente rodeados por nuestros hermanos en la fe. En cambio, hemos encontrado a un pueblo. Un pueblo vastísimo, un pueblo festivo y desbordante que nos ha parecido que representaba las innumerables poblaciones de la India inmensa y con ellas las de Asia entera. No católica, ya se sabe, pero cortés, abierta, ávida de una palabra y de una mirada de aquel exótico visitante romano, que éramos nosotros mismos. Pues bien, ha habido un momento de comprensión, de fusión de los espíritus. ¿Qué han podido ver en Nos aquellas multitudes exultantes? Nos hemos visto en ellas una humildad dignísima, penetrada por sus milenarias tradiciones culturales, no todas cristianas, no, pero profundamente espirituales y bajo muchos aspectos buenas y amables, antiquísimas y jóvenes al mismo tiempo, despiertas hoy y enderezadas hacia algo que el mismo portentoso progreso moderno no puede dar, y acaso pueda impedir. Un sentimiento de profunda simpatía nos confirmó entonces lo que el Cristianismo desde hace siglos viene diciendo y que la evolución de la civilización va lenta y gradualmente reconociendo y proclamando: que los hombres somos hermanos... El progreso humano va descubriendo como una exigencia, como una conquista lo que Cristo, hecho hombre como nosotros y Maestro nuestro, ya nos había enseñado desde las páginas, nunca plenamente comprendidas, todavía no universalmente aplicadas, de su Evangelio: «Todos vosotros sois hermanos» (Mat. 23, 8), es decir, iguales; es decir, solidarios; es decir, abnados a reconocer en cada uno de nosotros la imagen reflejada del mismo Padre celestial y a promover mutuamente la consecución de los mismos destinos: la plenitud humana y filial divina por medio de la gracia, en esta vida, y la felicidad eterna en la futura. Hoy la fraternidad se impone, la amistad es el principio de toda comunión humana. En vez de ver en nuestro semejante al

extraño, al rival, al antipático, al adversario, al enemigo, debemos acostumbarnos a ver al hombre, que quiere decir un ser igual al nuestro, digno de respeto, de estima, de asistencia y de amor como nosotros mismos... Es necesario que la Democracia invocada hoy por la convivencia humana se abra a una concepción universal que supere los límites y los obstáculos para una efectiva fraternidad.»

Cuesta trabajo creer que hace sólo un siglo, Donoso Cortés, en nombre de la religión, escribía estas palabras: «Yo no sé si hay algo de lo del sol más vil y despreciable que el género humano, fuera de las vías católicas.» Y todavía más que hace muy pocos años, al celebrarse su centenario, se nos proponía su actitud como cierta, ejemplar y digna de ser adoptada.

Y en lo que se refiere a la libertad religiosa, las palabras de Pablo VI no pueden ser más inequívocas. Después de preguntarse, con sinceridad que me conmueve profundamente, por la posibilidad del carácter divisivo y hostil de la religión, toma postura con la claridad de los que aman la verdad: «Oyendo este mensaje nuestro, alguno acaso se preguntará: ¿y la religión no es motivo de división entre los hombres? La religión católica, especialmente, tan dogmática, tan exigente, tan caracterizadora, ¿no impide una fácil conversación y un acuerdo espontáneo entre las gentes? Oh sí, la religión y la católica no menos que cualquier otra, es un elemento de diferenciación entre los hombres, como lo es la lengua, la cultura, el arte y la profesión, pero no es por sí misma elemento de división. Es cierto que el Cristianismo, por la novedad de la vida que introduce en el mundo, puede ser motivo de separaciones y contrastes que se derivan del bien que trae a la Humanidad la luz que brilla entre las tinieblas y distingue así las zonas del espacio humano. Pero no es su carácter el de luchar contra los hombres, si acaso, en favor de los hombres, en la defensa de todo lo que hay en ellos de sagrado y de indeleble, la aspiración fundamental a Dios y el derecho a manifestarla en el exterior con las debidas formas del culto. Por esta razón, la Iglesia no puede por menos de expresar públicamente su dolor cuando tal incoercible anhelo es obstaculizado, impedido, limitado y hasta castigado con la fuerza del poder público que en este caso pretende invadir un campo que está fuera de su competencia.» Y el Papa concluye diciendo que imponer una fe no libremente aceptada o proceder a discriminaciones odiosas o a desviaciones indebidas «quebra el respeto a todo lo que hay de verdadero y honesto en toda religión y en toda opinión humana».

Así ha terminado, religiosamente, el año 1964. A veces siento la tentación de frotarme los ojos para asegurarme de que no estoy soñando. Y me invade una honda alegría, una profunda esperanza. Parece como si estuvieran cayendo cortezas adheridas a lo largo del tiempo, que han impedido el desarrollo de la vitalidad religiosa y han aislado el núcleo vivo del cristianismo de su circunstancia histórica. Ya no se trata de voces aisladas clamantes en el desierto: es la voz clamorosa del Concilio Ecuménico y la voz conmovida —y que conmueve a las multitudes del mundo entero— de ese erático visitante romano, como se ha llamado a sí mismo. Voces que expresan el nuevo «consensus» que está naciendo entre nosotros.

EL CABALLO DE TROYA

CLINICA QUIRURGICA Dr. ESCUDERO
Servicio permanente de urgencia
SALVADOR, 12 VALLADOLID

LIBRERIA LARA